

las diversas corrientes marxistas, en el psicoanálisis de Freud y en los posfreudianos, así como en el existencialismo francés. En todos estos ambientes, dentro de una gama de opiniones policolor, se nota el afán por el ansia de intensidad vital y el ansia de seguridad que se lucha por conseguir, pero que se escapa sin poseerla. Terminará Benzo su obra con un repaso al sentido de la vida en las religiones estáticas: hinduismo, religiosidad estática griega, religiones místicas, el dualismo cristiano, el neoplatonismo, el budismo y finalmente se ocupará del concepto cristiano de la vida examinado bajo una perspectiva bíblica.

Este libro no es una obra de teología, es una meditación sobre nuestra existencia y sobre nuestra aspiración. Los numerosos textos aducidos de diferentes autores es una llamada a la reflexión que debe empeñarse en una búsqueda sincera por conseguir solucionar el gran problema del sentido de la vida. Un tema, el tratado por Benzo Mestre, de gran actualidad y desarrollado con un estilo limpio que hace que uno se interese por la cuestión y entre en diálogo con los autores y diversas soluciones que se proponen a través de la obra.

A. MATUTE

R. RIBES MONTANÉ, Pbro., *El principio y la norma de moralidad en Aristóteles*. Discurso inaugural del curso académico 1971-1972. (Facultad de Teología Barcelona). Barcelona, 1971. — 155 × 220 mm. — 59 págs.

La advertencia que sigue al título nos ayuda a juzgar el contenido del libro. No se podía exigir más en los límites ordinarios de un discurso de apertura de curso. El autor ha logrado exponer, con la suficiente extensión, las ideas fundamentales en torno a las normas de moralidad en Aristóteles. Tras un primer capítulo en que estudia el marco de la ética aristotélica, en su doble aspecto: marco histórico-literario y marco ideológico, analiza en el siguiente el tema de la "perfección, como término de la actividad humana y fuente de moralidad". Se ocupa del alcance del fin último; relaciones entre bien supremo y felicidad. Describe la vida teórica, expone las condiciones cumplidas en la contemplación y el objeto de la contemplación. El capítulo 3 trata de la formulación objetiva o común. Y al lado de la recta razón individual, propia de cada uno, que hay que seguir siempre y que es la norma de las virtudes, se ocupa de las leyes, que Aristóteles considera como la formulación colectiva de la misma norma, con claras repercusiones en el terreno privado. Hay que recordar que la ética aristotélica está toda ella inmersa en la política, y que el fin del individuo no se opone sino que se facilita en el bien común o de la ciudad. El último capítulo estudia la formulación personal de la norma moral, tal como se manifiesta en la conciencia y en la prudencia.

Como bien pone de relieve Ribes Montané, la moralidad aristotélica comienza en la misma naturaleza humana, con raíces en la ley natural intramundana de la polis y de la temporalidad, sin conexión con la ley eterna, y es que Aristóteles no admite vínculos de creación entre la

naturaleza del hombre y Dios, que permitan esa conexión. De ahí que se trate, no de una ética teónoma, sino autónoma, en cuanto es derivación normativa a partir de la propia naturaleza humana, vista desde su dinamismo teleológico perfectivo. Y esa misma autonomía lleva consigo la imprecisión objetiva, y el esteticismo ético aflora como punto constante de referencia. La ética de Aristóteles es la de un hombre que ha intuido la grandeza del espíritu humano, realizándose en la actividad especulativa, de la cual se desprende el sentido de las restantes acciones humanas. Podríamos decir que es la ética de un hombre reflexivo en el silencio y que vive inmerso en la ciudad y en un círculo de amigos. Por supuesto, es una moral específicamente pagana, contrapuesta a una moral esencialmente cristiana.

El librito está pensado con seriedad. Lo que sí habríamos deseado es un poco más de seriedad en lo que se refiere a la bibliografía. Encontramos libros citados en su versión italiana, cuando existen desde hace años en español: Jaeger: *Aristotele*; o en francés, cuando también la tenemos en español: Ross, *Aristote*. En este mismo sentido nos extraña la abundancia de citas de la obra de Samaranch, traductor de las *Obras de Aristóteles*. Claro que cada uno se vale de los medios que tiene a su alcance. Pero el carácter documentado del trabajo de Ribes Montané, a que alude en el prólogo, quizás hubiera exigido una bibliografía más abundante. Pero, como el mismo autor reconoce con el refrán oriental, creemos que este estudio puede ayudar a otros a profundizar en el tema, ya que ha sabido presentar perspectivas y horizontes sugestivos.

JOSÉ OROZ

L. DE LA PALMA, *La Pasión del Señor*. — Ediciones Palabra, S. A. Hermosilla, 22. Madrid, 1971. — 110 × 180 mm. — 265 págs.

Se trata, como es bien sabido, de una de las obras clásicas en la historia de la espiritualidad española. Aparte de su puesto entre los místicos españoles, también ocupa un lugar de preferencia en las letras españolas. En ella advertimos la sencillez del autor, que cuenta ya sus sesenta años cuando la publica. Es decir, nos encontramos con una obra compuesta casi más para satisfacer la devoción del autor y la devoción de algunos de los lectores que para conseguir la gloria humana. Aunque su título original: *Historia de la sagrada pasión*, pudiera hacernos pensar que se trata simplemente de una exposición puramente narrativa, desde las primeras líneas advertimos que el autor ha tratado más bien de responder a una necesidad espiritual en sus amistades y almas que dirigía. Se trata de una obra de devoción, que no de historia. El libro del P. Luis de la Palma ha sido calificado, con todo derecho, como "joya inestimable, tan llena de sólida doctrina como de jugosa devoción".

La edición que ahora presentamos ofrece un carácter especial. Pero Antonio Urbina ha vertido la obra original al lenguaje actual. Creemos que el libro no ha perdido nada de su encanto primero, aunque los catadores de vinos añejos echen de menos los giros y construcciones ori-